
EL DESARROLLO DE LA DIMENSIÓN TRASCENDENTE EN UNA EDUCACIÓN DE CALIDAD

Dra. Hna. Elizabeth Bazán Gayoso, rscj.

RESUMEN

Desarrollarse plenamente es la vocación de la persona. La fidelidad a su propio ser le pide el crecimiento de todas sus dimensiones. La formación integral de calidad requiere el desarrollo de la dimensión trascendente que la conecta de manera profunda consigo misma, con las personas, con la creación y con Dios. El desarrollo pleno desde esta perspectiva es la santidad, abierta a todos/as

PALABRAS CLAVE

Persona, vocación, desarrollo pleno, dimensión trascendente, santidad.

ABSTRACT

Any individual is meant to be fully developed. By being true to the self, the individual will grow in every human dimension. Comprehensive quality education requires the development of the transcendent dimension that deeply connects the individual with itself, with the people, with creation, and God. The full development of this perspective is sanctity, for all people.

KEYWORDS

Individual, vocation, full development, transcendent dimension, sanctity.

La formación integral de calidad requiere el desarrollo armonioso de toda la persona y, por lo tanto, de la dimensión trascendente. Esta dimensión responde a una profunda llamada a la plenitud. Despliega en la persona sus potencialidades y la conecta con el corazón de la realidad natural, humana y con Dios. En este encuentro la persona experimenta felicidad y se orienta al mayor don.

La “Parábola de la bellota y el roble: semilla de plenitud”, del psicólogo Ira Proff, me parece muy gráfica para expresar cómo la santidad nos corresponde como personas, porque así nos ha querido Dios. Él dice: “Como el roble está latente en el fondo de la bellota, la plenitud de la persona humana, la totalidad de sus posibilidades creadoras y espirituales está latente en el ser humano incompleto que espera en silencio la oportunidad de florecer”. Esta parábola podríamos igualmente aplicarla a la semilla de mostaza que se convierte en gran árbol.

Comenta el P. Bonet: La profundidad plena está ya en la semilla de la persona y se actualiza si ésta se permite ver lo que por naturaleza le corresponde ser. Hay en el ser humano un proyecto de plenitud que se esfuerza por actualizarse impulsado por su dinámica interna: el proyecto creador de Dios y la fuerza de su Espíritu. Todos llevamos dentro esa semilla de plenitud sembrada en lo más hondo de nosotros mismos, y está

constantemente en proceso de crecimiento hasta su plenitud en todas las dimensiones de la persona, y es también “semilla de santidad, de divinidad”.

Para motivar y acompañar este proceso de crecimiento tenemos personas que son valiosos referentes para la juventud. A partir de su vida, se puede descubrir que esta llamada a ir más allá como personas es al mismo tiempo una entrega al bien de los otros (santidad), una propuesta de vida válida para el mundo de su tiempo.

Podríamos decir que santo/santa es aquel que con su actitud provoca una conversión, un cambio en la manera de vivir, de sentir de otras personas. La gente reconoce que a través de esa persona algo de Dios pasa como un regalo de su amor, de su cercanía y misericordia. Y esto se descubre a través del servicio, interés, cuidado, entrega o actitudes que se ven.

Así, en la vida de Rosa de Lima y de otros santos, lo que la gente de su tiempo ha visto son los valores cristianos convertidos en vida, en hechos concretos. Los santos han tenido una relación personal confiada con Dios, sin esa relación no hubieran tenido la lucidez, fortaleza y constancia para obrar el bien.

La persona reconocida como santa ha roto esquemas en su tiempo. Ha expresado de alguna manera la fe, los valores, los ideales, que el corazón humano anhela realizar y que esa persona lo hizo tal vez sencillamente. Algunos “santos” han desafiado el sistema de vida del momento y han sido tildados de “raros” y, sin duda, han sido incómodos para su familia o sociedad, pero los corazones sencillos, a quienes llegaron, los aclamaron como personas de Dios, “santas”.

Este reconocimiento de santidad no se limita al tiempo en el que vive la persona, sino que trasciende, va más allá de su presencia física. Se guarda la memoria de ella. El pueblo, fundamentalmente, los conecta con Dios y su mediación le atrae gracias.

Cuando reflexionamos en la vida de una santa o santo, vemos que han sido personas disponibles para responder a la invitación de Dios desde la cotidianidad. Una manera de “estar cerca de Dios”, abiertas a lo que vieron, sintieron que él les pidió en cada circunstancia. Les ha supuesto salir de sí mismas en un proceso de ir aprendiendo a amar cada vez más, como Jesús hasta el final. Algunos han debido tomar cruciales decisiones. La santidad es un don que requiere colaboración.

Los hombres y mujeres de todos los tiempos estamos llamados a la santidad. Es nuestra vocación y misión,

inherente a nuestra identidad humana. No nos pide una determinada personalidad, no es para una élite, ni la locura de unos cuantos. En la Sagrada Escritura, justicia es igual a santidad y justo es el que cumple el querer de Dios, el que sabe escuchar “escucha Israel” y decir sí, como Abraham.

La santidad consiste en amar, y ese amor todos lo tenemos, porque es un don que nos precede, todos lo hemos recibido. Se trata de un amor expansivo que busca difundirse. Ahora bien, el amor es el corazón de la humanidad, es lo que nos hace de la familia de Dios y lo más cercano a su identidad divina. El amor nos hace más humanos, más parecidos al pensamiento de Dios sobre cada uno de nosotros. La santidad es inseparable del proyecto de irnos haciendo cada vez más humanos, conforme nos ha soñado Dios en su creación. El Dios en quien creemos es comunión, es comunidad, y creados a su imagen y semejanza, lo que nos pide va en la línea de la relación con nosotros mismos, con las personas, con la creación, con Dios mismo.

Ser llamados a la santidad, no significa tener que practicar virtudes de manera heroica, extraordinaria, ni de violentar nuestro ser. Es sencillamente ser cada uno/a de nosotros humano/a, hermano/a. Es aceptarnos como somos, con limitaciones y dones, agradecidos con lo recibido en la vida (hay de todo en cada historia), alegres y con esperanza, en el campo donde se desenvuelva nuestra vida. Sí, supone muchas renunciaciones y sacrificios: la enfermedad, el cansancio, a veces agotamiento en el trabajo, estudio, vida en familia, el decir siempre sí al bien y resistir al mal, es la cuota que hombres y mujeres aportamos a la existencia. Vivir esta realidad humana con confianza, coraje y amor entra en el proyecto de santidad que tiene Dios para nosotros.

El amor a Jesús, no entra en competencia con nadie. Se puede amar a Jesús con todo el ser realizando proyecto de vida elegido, y ese amor se redimensionará para amar a otros. Siempre se conservará en el corazón esa presencia que lo habita, acompaña, da lucidez, orienta, con la cual se dialoga; eso es oración. Se trata de vivir presente a esa Presencia que da sentido a la vida. Eso hizo Rosa.

En su época, la manera de expresar la fe, estaba muy marcada por el Cristo Crucificado, había que “mortificar el cuerpo” para dominarlo y hacerlo más colaborador con la voluntad de Dios. Ella se sometió a sufrimientos “inventados” por su cariño a Dios.

Nosotros no necesitamos buscar los sufrimientos, están en nuestra propia persona, caminamos con ellos, a veces desconcertados/as, ¿por qué a mí? Pero sabemos

Los santos modernos, responden entregando su vida al servicio de las grandes necesidades del mundo actual: el cuidado de la vida, la justicia, la paz, la honestidad, la solidaridad, el cuidado de la creación, la familia, nuevos rostros de pobres.

que nuestro dolor es el dolor de muchos. El dolor de muchos es nuestro propio dolor. En medio de esa fragilidad e impotencia, abrir el corazón, salir de uno mismo/a eso es amar.

Cada uno/a tiene su propio camino de santidad que revela su lugar en el mundo. Así Francisco de Asís expresó la ternura universal de Dios; el Papa Juan XXIII, la bondad y sencillez; Teresa de Calcuta, la caridad con los más pobres; Maximiliano Kolbe ofreció su vida a cambio de un prisionero destinado a la cámara de gas y fue reconocido como santo. Muchas mujeres casadas, con hijos, como Juana de Chantal, fueron reconocidas santas, por su entrega, caridad e identificación con Jesús. Todos se comportaron tal como sentían que tenían que ser, fieles a sí mismos. La santidad está abierta a todos/as.

Tenemos que empezar a continuar recorriendo este camino de santidad de manera más consciente. Es Cristo quien santifica con su propio amor todo lo que hacemos, porque en Él vivimos, en Él nos movemos y en Él somos, existimos. Una tentación es no querer asumir o aceptar nuestra llamada más honda.

Rosa de Lima vivió una intensa experiencia de Dios y la llamada a la santidad, a la radicalidad en el amor. Vivió su condición de mujer desde un apasionamiento por Dios compasivo que la hacía entregarse a los pobres y enfermos. Esta muchacha joven escuchó su corazón, reconoció su gran capacidad de amar, despertada y urgida por la pobreza y enfermedad, soledad y desigualdad de sus contemporáneos, y dedicó tiempo, cariño, solicitud para aliviarlos en su dolor y necesidad. Como muchos/as jóvenes lo hacen, sacando tiempo de sus múltiples ocupaciones. Todo esto entre momentos de búsqueda, de claridades o dudas, de caídas y nuevos comienzos.

Cada época tiene sus signos de los tiempos, signos del Espíritu, que caracterizan nuestra espiritualidad, la manera de vivir el seguimiento de Jesús, nuestro estilo de vida cristiano.

Los santos modernos, responden entregando su vida al servicio de las grandes necesidades del mundo actual: el cuidado de la vida, la justicia, la paz, la honestidad, la solidaridad, el cuidado de la creación, la familia, nuevos rostros de pobres. El mal deja su huella en el mundo de manera cada vez más dolorosa, pero las llamadas siguen siendo esencialmente lo mismo: a amar, a servir, a practicar la justicia, a caminar humildemente con Dios. Comprometidos/as con los hermanos.

No seremos "santos de altar", que no hace falta, pero cada uno/a de nosotros/as tiene que apropiarse de su vocación a la santidad y vivirla en el día a día amando y sirviendo, que en eso está el querer de Dios para nosotros y para la humanidad.

Celebrar a Rosa de Lima en esta Universidad nos invita a preguntarnos ¿Hacia dónde se encamina mi vida? ¿Qué está mi vida deseando llegar a ser? (Dios está en mi deseo más profundo). ¿Qué pide la vida de mí?

DRA. HNA. ELIZABETH BAZÁN GAYOSO, rscj.

Religiosa del Sagrado Corazón, docente del Departamento de Filosofía de la UNIFE. Autora de numerosos artículos y conferencista.